DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LOS ESTUDIOS

DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

PRONUNCIÓ

en 1.° de Octubre de 1837

Don Mariano Miralles,

Presbitero, Doctor en Sagrada Teologia y Letras y Catedrático de Autores clásicos.



ZARAGOZA.

Imprenta y Litografia de Mariano Peiro.

1837.

Ilmo. Señor.

Qué momentos tan solemnes tiene la vida del hombre! En qué situaciones tan estraordinarias viene á colocarle su profesion ó la severidad de un mandamiento! Qué conjunto de circunstancias dan alguna vez cierta novedad á sucesos muy comunes! Tal es mi situacion, y tal es tambien el acontecimiento que hoy nos tiene reunidos en este recinto. Rodeado de sugetos en quienes estan representadas las ciencias y las letras, de personas autorizadas y de otras de diferentes clases y condiciones de la sociedad, tengo el encargo de llenar

una forma la mas principal de la solemnidad de esta ceremonia. Empeño imponente para el que ha podido disponer de corto tiempo, y reconoce por otra parte la superioridad de cuantos le han precedido en comision tan difícil.

El acontecimiento que hoy solemnizamos, es estraordinario. Hoy empieza á regirnos no un decreto sino una ley de Instruccion pública. Las ciencias, las letras, las nobles artes, los ramos todos del saber humano estan de parabien; el Gobierno de S. M. mirándolas con especial interes, ha provisto para que se fomenten todas y se eleven al mayor grado posible de esplendor. Paguemos el justo tributo de nuestro reconocimiento á los que han cooperado tan eficazmente á una ley tan deseada como beneficiosa para la Nacion. Constituido el que tiene la honra de dirigiros la palabra en el doble deber de congratularse con los amantes del saber, y de ofrecer á vuestra indulgente atencion un asunto capaz de empeñarla, me inclinaba por mi carrera literaria y mi caracter á continuar aquel interesante punto que tan cumplidamente trataron en los años 50 y 51 dos dignos compañeros á quienes de diverso modo separó la Providencia de nuestro gremio. Pero hube de abandonar este primer pensamiento, como

quiera que siempre se echa de menos la novedad del asunto.

El sábio y su mision me pareció entonces una idea no inoportuna para alentar á la juventud estudiosa en sus ardientes deseos de saber.

Vuestras aspiraciones, mis amados jóvenes, son las mas nobles; segun el feliz pensamiento de Ciceron, nada hay que merezca desearse mas que la sabiduria; nada mas escelente, mejor para el hombre, nada mas digno del hombre. Llena la sabiduria de claridad y de hermosura es siempre amable, nunca perece, jamas falta. La mision pues del sabio en la tierra es la mas augusta, la de mas importante trascendencia.

Pero ¿que es el sábio? Confieso que me cuesta trabajo contestar á esta pregunta. Dando una rápida ojeada por las páginas del antiguo mundo, y parándose mi atencion en sus pueblos mas célebres, en todos ellos me encuentro con hombres decorados con tan honroso título. Los nombres de Zoroastro y de Belo, no obstante la grande obscuridad en que todavia estan envueltas las circunstancias de su vida, llegándose á dudar por algunos hasta de su existencia, se citan como los de los primeros sabios de la Caldea. Decantada ha sido en todos tiempos la sabiduría de los Magos

del Egipto, y siempre se ha tenido á los dos Hermés en alta reputacion científica. Al Egipto sin controversia se le concede inscribir en la lista de sus sabios á Chirémon, á Asclepiades, y Hecateo. Sin esfuerzo creen algunos puede sostenerse la gran celebridad que en tiempos muy remotos adquirieron por su habilidad é ingenio los habitantes de la Fenicia, á quienes seria injusto en su concepto, negar lugar en la tabla que vamos recorriendo.

Sin tocar la historia de la India, que nos presentaria otros tantos sábios en sus Brachmanes: la de la China, que siglos antes de la Era vulgar ya contaba como celebres sabios á Lao-tseu, Confucio y Mincio, llegámonos sobrecogidos á la antigua Grecia que se ostenta llena de poderio y de grandeza. Este pueblo á quien se dá la gloria de haber producido los primeros y mejores poetas del mundo, de quien se lee que cultivó é hizo grandes progresos en todos los ramos del saber humano, nos ofrece un catálogo de sabios tan eminentes que han escitado la admiracion de los siglos, é inspirado con sus nombres cierta veneracion. Tales, Solon, Chilon, Pitaco, Bias, Cleobulo y Periandro, son conocidos con el singular título de los siete sabios de Grecia. Pitágoras, Zenon, Leucipo; Sócrates, Platon y Aristóteles entre sus filó-

sofos; Isócrates, Esquines y Demóstenes, entre sus oradores, han gozado tambien de igual renombre. Hasta hubo quienes se arrogaron el nombre de sofistas, esto es, sábios universales, ó que enseñaban la sabiduria.

Mas tarde se presenta Roma que si bien en los primeros 500 años desde su fundacion se ocupó esclusivamente en guerras y conquistas, que un dia habian de poner en sus manos el señorio del mundo, despues de este tiempo aspiró á la gloria de la instruccion no menos ilustre que la de las armas. ¿Y tuvo sus sabios? Nigidio Publio, Bruto, Varron, Ciceron, y otros muchos han ocupado siempre un puesto elevado en la historia que nos ocupa. Dos siglos de constante aplicacion á las artes, á las ciencias, á la literatura y todo el saber de los Griegos los colocó á tal altura, que segun la espresion de un distinguido orador del siglo pasado, parecia que ó Roma habia quitado la palma á Atenas, ó que Atenas se habia trasladado á Roma. Asi la historia antigua ha grabado con caractéres indelebles los nombres de sus sabios del Oriente y del Occidente. ¿Y cuáles fueron sus enseñanzas? ¿Aparece en sus doctrinas una perfecta armonia, ó se nota algun desacuerdo? Reseñemos sus sistemas en los puntos culminantes.

En la mayor parte de los pueblos orientales prevaleció la creencia en dos principios, el uno autor del bien, y el otro del mal, simbolizados por la luz y las tinieblas entre los Persas que ni aun supieron esplicarse el origen del segundo. La eternidad de la materia; Dios el alma del mundo, ó una luz incorpórea, solo comunicable á los sabios, un mundo sin realidad, hé aquí los fundamentos sobre que levantaron su edificio científico respectivamente los Caldeos, los Indios y los Chinos.

El civilizador de los Griegos Orfeo, iniciado en los misterios del Egipto enseña á aquellos hombres groseros y bárbaros que el caos estaba identificado con Dios, llevando este en su seno desde la eternidad la materia de que fué formado despues el universo. Tales sometiendo el mundo al destino, y su gobierno á la necesidad: el célebre Pitágoras rebajando la dignidad de las almas humanas, haciendo de los hombres y de las bestias uua sola familia: Platon admitiendo dos causas eternas é independientes, ideas tambien eternas y subsistentes por si mismas: Aristóteles dando al mundo una existencia sin principio ni fin; estableciendo una moral sin base ni sancion: el príncipe de los Estoicos uniendo y ocultando á Dios en la materia confusa desde la eternidad hasta que los esfuerzos de la na-

turaleza produjeron el orden, y confirmando con su ejemplo la máxima que enseñára á sus discípulos, de que el suicidio era un acto de valor, y el mas alto grado de virtud, estos fueron entre otros los puntos capitales de sus sistemas. El puro idealismo de Zenon contemporáneo de Parménides, y el realismo de Leucippo prueban hasta qué punto pudieron discordar las dos ramas de una misma escuela. ¿Quién no creeria al entrar en las escuelas de los sofistas oir á unos hombres mostrando á sus discípulos la verdad y enseñándoles la virtud? Con seguridad podemos juzgar de sus doctrinas al leer en una obra de su príncipe Gorgias de Leonto que nada existe en realidad, ó nada al menos puede ser conocido ó espresado con certeza, que las reglas de moral y de órden público no son mas que convenciones humanas, á las cuales se puede faltar sin escrúpulo cuando no hay nada que temer.

No concluiré esta reseña histórica sin tributar el justo elogio que se merecen, (lo contrario pudiera atribuirse á siniestra intencion) Sócrates, por su doctrina moral segun el testimonio de sus discípulos, y el elocuente Platon, cuyos escritos respiran una moral tan pura y sublime que le han merecido en el juicio de algunos críticos el epíteto de divino.

Muy poco debe detenernos el exámen de las

doctrinas de los Romanos que hemos citado, puesto que son las de los mismos Griegos, si bien se introdujeron en alguna ocasion modificaciones, pero que ni constituyeron un sistema enteramente nuevo, ni merécen especial mencion. Nigidio Publio, por sobrenombre Fígulo, á quien se consideraba como sugeto de prodigioso saber, no hizo mas que sostener entre los Romanos lo que habia enseñado con tanto crédito á los Griegos el célebre Pitágoras. Bruto y Varron, ocupando el primero un puesto muy elevado en la historia romana, y tenido el segundo por el mas docto de todos los Romanos, aunque autores ambos de diferentes obras, no dieron otras instrucciones á sus discípulos que las doctrinas de la antigua Academia griega. Ciceron, cuyo solo nombre recuerda un orador de fama imperecedera, despues de sus profundas meditaciones sobre los sistemas de todas las Escuelas de Grecia, se decidió á seguir la doctrina del sutil Arcesilao. Aquel hombre tan sobresaliente por su erudicion, al paso que recorre todas las opiniones de las diferentes escuelas, emitiendo su juicio crítico sobre todas ellas, ha ocultado, cosa estraña, su pensamiento acerca de las verdades mas importantes. Ni la existencia de Dios y de su unidad, ni la distincion de las dos sustancias que constituyen al hom-

bre, ni una vida despues de la presente en que la virtud y el vicio reciban sus justas recompensas y castigos, merecieron al orador filósofo su propio dictámen. De aquí los diferentes pareceres que se leen en los Autores sobre la persona de Ciceron, absteniéndome yo de consignar el mio. Cuando nos acercamos al término de la historia antigua, vemos á muchos Romanos reputados como sabios sin fijeza en sistema, ó siendo partidarios de uno en especulativa, y de otro en la práctica. Asi estuvo franca la entrada en las doctrinas á aquella anarquía, cuya consecuencia no podia ser otra que el pirronismo especulativo, y el epicureismo práctico. Tal era el espectáculo que presentaba la poderosa Roma á fines de su república y principios de su imperio.

Hemos espuesto la lista de algunos sabios de los antiguos pueblos orientales, de Grecia y de Roma, reseñando á continuacion algunos principios de sus sistemas filosóficos. Dejando ahora al juicio de hombres imparciales, si con razon se les ha distinguido con aquel honorifico título, describiremos al sabio, considerada esta palabra en su rigorosa acepcion; pues solo de este modo podemos hacer una apreciacion justa.

¿Será tal la de algunos que tuvieron por sabios á aquellos hombres que concretando sus estudios á

la naturaleza y sus leyes, si bien hicieron grandes descubrimientos en la Geometría, introdujeron divisiones en la Geografía astronómica, conocieron y esplicaron las causas de ciertos fenómenos físicos; negaron á la divinidad uno de sus mas bellos atributos y despojaron al hombre de su peculiar propiedad? Y á otros cuyas ideas en cosmogonía serian tenidas hoy por un error grosero?

El verdadero sabio es el que habiendo adquirido conocimiento de las cosas divinas y humanas, reconoce la suprema causa de todas ellas, contempla á un solo Dios como el origen de todo disponiendo con su sabiduría y gobernando con su Providencia, destinando al hombre á un fin sobrenatural, y distribuyendo despues de esta vida en su recta justicia recompensas á las virtudes y castigos á los vicios. Elevándose sobre la esfera de la vulgaridad, aprecia en su justo valor los intereses, los honores y los deleites que ocupan la vida de la mayor parte de los hombres. A solo el sabio está reservado formar un concepto muy subido de lo que valemos y de lo que somos. El sabio solamente disfruta por un singular beneficio de la Providencia de los intensos placeres intelectuales. El sabio no se ve agitado de la ambicion, nunca anda el camino que conduce á los favores, huye de los negocios, prefirien-

do la vida privada que tranquilamente se desliza en el seno de la amistad, y recíproca confianza. No se vé ligado con miras ruines, con pasiones bajas y con acciones infames y torpes, sino consagrando su vida á la verdad y a la virtud. El sentimiento de lo conveniente y oportuno, el amor de lo bueno y de lo jústo, las virtudes todas pero templadas constituyen su verdadero caracter. Alcanzando por la fé las verdades á donde no llega su razon y que nunca poseyeron las mayores celebridades filosóficas; espera de un Dios de bondad la posesion de lo que no ve; é inflamada su voluntad por la caridad practica virtudes mas reales y efectivas que las decantadas de Sócrates y Platon. Asi en el sabio se admiran felizmente reunidas las disposiciones naturales con los conocimientos adquiridos y los buenos hábitos. La razon desarrollada y perfeccionada se llama justamente sabiduría. Con fundamento se ha dicho que el saber es eminentemente moral. Adornado con estas eminentes cualidades el sabio desempeña en la sociedad una mision de la mas alta trascendencia.

El hombre es un ser social por instinto, por necesidad y por conveniencia. Las facultades de su alma y su desarrollo indican claramente cual es su destino y los designios que tuvo la divina

providencia al criarle. En el estado de aislamiento le es absolutamente imposible conseguir su perfeccion y su fin. En la sociedad lo puede llenar todo y elevarse á una esfera de conocimientos y medios para lograr su felicidad y la de sus semejantes. Haced del hombre un ser insociable y vereis sin objeto el singular privilegio de la palabra que él solo disfruta entre todos los seres de la naturaleza. La sociedad mirada bajo cierto punto de vista es tan antigua como el hombre. Apenas fué criado Adan, cuando salen de la boca Divina estas palabras. «No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él: Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adjutorium simile sibi.» Fuéronse multiplicando los descendientes de aquel primer Padre; y debieron muy luego formarse las sociedades civiles, ya que no podamos fijar la época de su orijen, por carecer de datos exactamente cronológicos que lo determinen. No parece aventurado suponer que ya en los primitivos tiempos se reunieran en menor y mayor número personas, familias y aun pueblos para procurarse su recíproca felicidad, impelidos de la necesidad consiguiente á este objeto.

Los fines del hombre y de la sociedad son idénticos. El ejercicio de sus facultades todas no es otro

que el promover el bien comun y buscar su verdadera felicidad en Díos. Asi vemos que cada cual lleva á la sociedad la parte que puede, resultando de la admirable comunion de los oficios y cargos de los individuos el progreso y posible perfeccionamiento de aquella. El soldado derramando generosamente su sangre en los combates, la defiende en su honor é independencia: el Magistrado sosteniendo con valor sus leyes dispensa á todos los hombres esa igual proteccion que reclaman los princípios de justicia y equidad; pues que esta no tiene otro fundamento que la igualdad; prima pars æquitatis est æqualitas, dijo Séneca: el Sacerdote velando en los Altares, ora á un Dios de bondad de quien descienden á la tierra toda dádiva escelente y todo don perfecto: el numeroso pueblo empleando sus brazos en los campos y en los talleres satisface sus necesidades y le proporciona conveniencias.

El sabio ejerce una mision de mas elevado orden; no se limita á producir esas mejoras que tanto hermosean la vida esterior; esos admirables ensanches que adquieren la agricultura, la industria y el comercio; sino que considera á los hombres con relacion al último fin, y en las relaciones que los ligan con los otros seres de su especie. No es la razon humana desnuda el asunto de sus ta-

reas; no la observacion y estudio de los objetos esternos y de las producciones visibles de la naturaleza; no el análisis y direccion de las facultades de la mente; no las propiedades de la materia, ni los fenómenos naturales conocidos por los resultados de la demostracion y de la esperiencia. Dejando esta ocupacion á los matemáticos, naturalistas, psicólogos, lógicos y físicos, estudia la voluntad humana, contempla al hombre como agente libre, como el que ha de labrar su felicidad y cooperar á la de los demas, ligado con deberes y poseedor de derechos. Fija su elevada mirada en la ventura de todos y de cada uno de los individuos de la gran familia humana, señala con acierto á cada cual sus obligaciones y derechos, viendo al hombre en ese lugar eminente que ocupa en la escala de la creacion.

Ya se deja conocer bastante que hablo del hombre como ser moral y sociable; pues solo bajo este punto de vista tiene sublimes y singulares prerogativas. Si la razon ha sido considerada siempre como el mas alto distintivo del ser hnmano, esto no obstante nos encontamos en la naturaleza con algun individuo en el que admiramos algo que se aproxima á la razon. Considerado bajo cualquiera otro punto de vista podemos señalar género ó especie á que corresponda; como agente libre, es

solo, no tiene socios en la universalidad de los séres, es inclasificable. Dar pues la conveniente direccion á la voluntad humana, para que todas sus acciones se encaminen á la consecucion del bien supremo y contribuyan al bienestar de sus semejantes; tal es la mira del sabio.

Desarrolle cuanto se quiera la inteligencia todos sus recursos; haga sentir sus efectos desde el soberbio alcázar del Monarca, hasta la humilde cabaña del pastor; ejerza su poderosa influencia desde las grandes metrópolis hasta las mas retiradas aldeas, nunca bastará á conducir ni al individuo ni á la sociedad á su destino. En este caso existirá sí, una brillante antorcha que ilumine el camino por donde todos debemos ir; pero permaneceremos en estado de quietismo; estará perfeccionada uuestra razon; pero quedará sin el indispensable impulso la parte principal de la existencia interior del hombre, la afectiva, los instintos.

El sabio despues de haber provisto convenientemente á las necesidades de la parte intelectiva del hombre, dirige su principal esfuerzo á reglar las costumbres para que cada cual practique sus respectivos deberes, preste pronta y sumisa obediencia á las leyes, respete á la autoridad, aprecie la virtud, deteste el vicio. Con los reiterados ejem-

plos de su conducta logra infundir en los demas el desprecio de los placeres y suavemente les inspira el amor á la abnegacion, á la justicia y á la Religion. Con su doctrina y ejemplo consigue que se formen ideas exactas de los honores con todo su esplendor; de las riquezas con toda su abundancía; de la vida muelle con todos sus goces, y que todo esto sea postergado á la tranquilidad del ánimo que no se hermana facilmente, ni con la ambicion, ni con la avaricia, ni con el sensual deseo. Cuanto menos poseen, se contemplan mas felices. Sentencia reconocida y pronunciada sabiamente por Horacio Flaco. En la postergacion, en los reveses, en el dolor no se perturben ni se abaten, en la firme creencia de que todo ha sido ordenado por una Providencia cuyos altos fines se ocultan ordinariamente al pensamiento humano. Nada sucede á los mortales sin la voluntad divina, decia el esclarecidisimo Severino Boecio, imágen de un verdadero sabio.

Como los que llegan á la cumbre del Olimpo ven debajo de sí las borrascas y las tempestades, sin ser agitados de los torbellinos de los vientos ni molestados de las lluvias, gozando siempre de un cielo sereno; asi los discípulos del sabio sobreponiéndose al odio, á la envidia, á la contienda y al

infortunio, disfrutan de una eterna paz y de una inmutable tranquilidad de ánimo; paz y tranquilidad que nunca pudieron dar viles pasiones ni la impaciencia en el contratiempo: obra exclusiva de la virtud, en espresion de Séneca.

Continuando su obra el sabio los afianza en sus creencias, los confirma en sus esperanzas, y los une con los firmes vínculos de la caridad. Por estos medios va conduciendo á los demas seres de su especie á aquella felicidad que sola puede satisfacer á los inmensos deseos del corazon. Asi es como la mision del sabio es eminentemente benéfica, y por lo tanto acreedora al aprecio y gratitud general.

Doctrinas que no ilustraron al entendemiento hasta darle á conocer las verdades mas importantes, ni pudieron reformar su voluntad; sino prueban un empleo inùtil del tiempo y de la inteligencia de sus autores, á lo menos no les conciliarán justamente el título de benéficos, ni les darán derecho á la estimacion y reconocimiento universal. Y aqui naturalmente se me ofrece una diferencia muy marcada entre los célebres personages de la historia antigua cuyo saber dejö un inmenso vacio, y aquellos cuya sabiduria tuvo el noble objeto de afianzar las verdaderas creencias y estimular á la práctica de las verdaderas virtudes.

Los primeros ya que tengan la gloria de haber inventado las artes liberares y las ciencias, ó de haberlas enriquecido ó bastante enriquecidas de haberlas tratado con mejor método, ejercitando sus ingenios y talentos por el deseo ardiente de ver la verdad, nunca pudieron con sus profuudas meditaciones y sus repetidos esfuerzos alcanzar las verdades sublimes relativas á las costumbres y á la Religion. Esto no lo supo el docto Platon; esto lo ignoró el elocuente Demóstenes. Vacilante la razon del prímero entre incertidumbres y variaciones decia estas notables palabras, «No tenemos otro partido que tomar sino el de esperar con paciencia que venga alguno á enseñarnos de que manera hemos de obrar para con los Díoses y para con los hombres.» Los segundos con ígual renombre en la historia imparcial y elevados por inspiracion divina á una altura á donde nunca pudo elevarse el hombre de mas perspicaz talento, conocieron todas las verdades necesarias para libertar á los demas de trascendentales errores y excitarlos á la esperanza de la eterna inmortalidad con el cumplimiento de sus deberes para con Dios y para con sus semejantes. Basta citar á Moisés con su admirable Pentatéuco y á Daniel con su excelente libro histórico y profético.

A la manera que un pigmeo colocado sobre la cima de úna montaña, descubre un horizonte mas dilatado y vé muchos mas objetos que un gigante desde la profundidad del valle; del mismo modo los segundos puestos en grande eminencia, á los brillantes rayos de una luz superior conocieron y enseñaron verdades eternas, que nunca descubrieron los primeros imposibilitados de levantarse de la tierra con todos los esfuerzos de su ingenio y de su vasta erudicion. Prueba evidente de lo que puede el hombre abandonado entre los brazos de la razon. Flaca é insuficiente esta para ilustrar al hombre acerca de sus obligaciones, la llamaba Baile, un principio de destruccion y no de edificacion; buena solo para suscitar dudas y arañando de todas partes hacer una disputa eterna; para hacer conocer al hombre sus tinieblas é impotencia.

Ni se crea que esto es un agravio hecho á la razon humana. Consultando la historia de los pueblos antiguos mas civilizados, nos suministra abundantes é irrecusables testimonios de sus monstruosos desvaríos. Los Caldeos, los Egipcios, los Fenicios, los Griegos y los Romanos en medio de su cultura, dice el gran Bossuet, eran los mas ignorantes y ciegos en punto de Religion y en sus códigos y prácticas morales. Pasemos en silencio sus

abominables misterios con el aparato de sus execrables ceremonias, sus excesos y sus crueldades; pues una relacion circunstanciada pudiera calificarse una falta de respeto al lugar y al auditorio. De estos hechos incontestables resulta cuan poco puede la sabiduría humana con respecto al último fin del hombre, y como el verdadero sabio elevado por una gracia particular, segun el testimonio del autor últimamente citado, y por una sabiduría sobre humana ha acertado en tan importante materia. Èl solo puede mostrar á los demas hombres aquella luz divina que ilustrando el entendimiento é inflamando el corazon, los conduce á la posesion del sumo Bien que es su verdadero destino.

No es menos trascendental la mision del sabio con respecto al hombre en sus relaciones con los demas individuos de su especie ó bajo el punto de vista de un ser sociable. Una sociedad cualquiera, sin un sabio que perfeccione su inteligencia y conduzca su voluntad, en nada ó muy poco difiere de una tribu errante y bárbara. En ella no se aplica ni se perfecciona su razon; antes por el contrario se entumece y deteriora por su exclusivo ejercicio en la satisfaccion de las necesidades físicas. Los nobles instintos se extinguen en los pruritos é impulsos de un egoismo brutal; y el bienestar en fin

está circunscrito en la esfera de los apetitos que tiene el hombre en comun con las bestias. Y si esta descripcion pudiera parecer exagerada y presentar solo la imagen de un estado salvaje, no ofrece ciertamente un cuadro menos repugnante, una sociedad compuesta de hombres ignorantes. Los anales de la humanidad nos la presentan dejando en todos sus pasos huellas de su ferocidad. Sin poder subsistir los vínculos que deben tener íntimamente unidos á unos hombres con otros, y subordinados todos á aquel en quien reside la autoridad, falta la paz, el bien mayor que Dios concede á las Naciones. La fuerza, la violencia en tal caso son el principal poder de la autoridad: los súbditos que temen y aborrecen á su Príncipe, conspiran contra él: en todos los pueblos del Estado fermenta la rebelion, y socabando esta los cimientos del trono, consigue su hundimiento. Confusion y crímenes, violencias y horrores por todas partes son los caractéres de los tiempos de la ignorancia. Consecuencias necesarias del desenfreno de las pasiones. Y quién puede sacar á los hombres de tan lamentable entorpecimiento y de tan feroz estado bruto? El sabio.

Ya los Poetas en sus hermosas ficciones dieron á las bellas artes y á la ciencia el haber civilizado

á los hombres. De Orfeo fingieron que arrastraba hácia sí con los ecos armoniosos de su lira y la dulzura de su canto las selvas y las rocas, suspendia á las fieras y detenia la corriente de los rios. En esta fábula vió San Gregorio de Nazíanzo una ingeniosa alegoría que nos esplica en sentido figurado diciendo; «Orfeo sacó de las selvas á sus habitantes con la fuerza y melodía de sus palabras: ablandó los pechos endurecidos de los hombres, suavizó sus bárbaras costumbres y contuvo á los jóvenes que corrian desenfrenados á los criminales placeres. A su mágica accion se fabricaron las ciudades y se estableció su gobierno en los primeros tiempos. La asombrosa mudanza en la vida de los hombres arrancados de los campos y de las selvas, la formacion de los códigos, la determinacion de los derechos, el arreglo de los juicios, todo esto fué obra exclusiva de la doctrina y elocuencia del sabio.

Ni tuvieron otro origen los Reinos, ni otro principio el nombre y poder de sus Reyes. Su extraordinaria elocuencia dió al anciano Nestor el reino de Pilos; y si Evandro imperó en el Lacio, su saber que causó en los ánimos de aquellos pueblos tanta admiracion, fué lo que le concilió toda la autoridad. Si con dificultad pueden valerosos Ca-

pitanes y esforzadisimos Generales con sus formidables ejércitos, y empleando la fuerza y las amenazas, y talando á sangre y fuego sujetar á su obediencia á los pueblos, estos mismos de su voluntad se sometieron en otro tiempo al suave imperio del sabio.

Como vamos adelante en la historia del linage humano, vemos mas generalmente reconocida la importancia de la sabiduria, el aprecio y elevado concepto que llegó á hacerse de su benéfica influencia. Todas las ciudades mejor organizadas, todos los pueblos libres, todas las repúblicas mas esclarecidas se procuraron hombres sabios para consultarlos en la politica, en la economia, en las leyes, en los juicios y en toda ciencia civil. Solon, Licurgo y Zaleuco disfrutaron de alta reputacion y aprecio entre los Atenienses, Lacedemonios y Locrios por la santidad de las leyes y estatutos con que los gobernaron. Ni debe causar extrañeza esta conducta de los pueblos cuando Reyes y Emperadores que adquirieron gran fama por sus victorias y sus conquistas tuvieron por cosa muy honrosa rendirse y ser vencidos por el poder de la sabiduría. De Filipo, aquel Rey de Macedonia á quien pocos igualaron en grandeza de ánimo y en virtudes militares se cuenta que despues de haber re-

ducido á su poder la ciudad de Atenas, desaprobando el dictámen de sus Capitanes y amigos dijo que él no arrasaba la ciudad del saber y el teatro de las letras. Cayo Cesar, aquel hombre de tan extraordinario talento y tan afortunado en sus empresas militares depuso su justo resentimiento contra M. Tulio, estimando en tanto su divina elocuencia que aseguró tener por mayor gloria extender los términos del ingenio y lengua romana que dilatar los confines del imperio.

Asi eran respetados los sabios en quienes contemplaba Aristipo otras tantas imágenes de los Dioses. Por lo menos Platon quiso que la sabiduría tuviese por objeto el asemejarnos de algun modo á Dios. A la manera, decia este Filósofo, que Dios lo vé todo con su infinita comprension y lo gobierna con su providencia; asi el sabio contempla cuanto puede con su limitada inteligencia la naturaleza de los seres y sus relaciones, modera y rige con su consejo y conducta los movimientos desordenados del corazon. Y en la escuela aristotélica se enseñaba que la sabiduría encaminaba á los hombres á una vida dichosa. Pero teniendo unos y otros Filósofos ideas tan elevadas de la sabiduría, no acertaron á procurar á la sociedad una verdadera felicidad ni á conducirla á su destino.

Bien creyó el discípulo mas ilustre de Sócrates haber encontrado la piedra de toque para conseguir tan noble é importantísimo objeto. Entre sus sublimes pensamientos concibió una República en la que se persuadió estribaba la buena organizacion de toda sociedad. Decidió realizar tan elevada concepcion, y al efecto hizo tres viajes á Sicilia por si encontraba en aquella isla alguna ciudad dispuesta á recibir aquella nueva forma. Su vasta erudicion, su lenguaje puro y escogido, su admirable elocuencia y facilidad no pudieron proporcionarle la satisfaccion de recoger el fruto de sus trabajos, encontrando en este triste desengaño el premio de tan molesta navegacion.

No fueron por cierto mas afortunados otros Legisladores de aquella antigua Grecia. Y si algunos hubo que con mas acierto fundaron repúblicas con estatutos y leyes, pues no pretendemos falsear la historia, sabido es qué ventajas consiguieron los pueblos y qué concepto mereció su legislacion á las Ciudades de sus inmediaciones. Es que ni unos ni otros pudieron dar con el secreto de encaminar á la sociedad á su último fin; y cuando no es este el norte de nuestros pasos, nada ó muy poco se viene á hacer en su obsequio.

Es verdad que las ciencias todas han contribui-

do eficazmente al bienestar de la sociedad, y que á su enérgica influencia son debidos el engrandecimiento y prosperidad de los Estados. Nadie desconoce los bienes que han producido á las Naciones los asombrosos progresos que se han hecho en todos los ramos del saber humano, progresos debidos gradualmente á inteligencias privilegiadas, constantes en la aplicacion y tenaces en sus investigaciones. Si llamásemos una por una á las ciencias, cada cual nos haria ver la parte que ha tenido en los adelantos que han hecho las sociedades en la senda de su civilizacion y ventura. Y ciencias habria que presentarian como singular prerogativa suya la de ennoblecer al alma, de marchitar y secar las supersticiones, de ser el arsenal con que se confunde al atéo y se aniquilan los funestos errores del grosero materialista.

Ya comprendeis que hablo de las naturales que tan alta idea nos dan de la sabiduria, poder y bondad de la primera causa: consideracion que hizo proclamar en alta voz á un elocuente naturalista, «la naturaleza es un templo sagrado en donde la divinidad se pone á descubierto.» Todo esto lo sabemos, lo concedemos de buen grado; pero es preciso convenir en que intereses materiales, bienestar temporal, la vida presente, la voluntad general

conducida al bien comun, son las únicas ventajas que tenemos que agradecer á uua buena parte de los conocimientos científicos. Ellas serán apreciadas de inmenso valor en el juicio de muchos hombres, pero en realidad son de poca monta para el que las ha obtenido, si al fin sufre el «detrimentum animæ suæ,» que se lee en el gran libro de las verdades eternas inspirado por Dios á sus sagrados Autores. Nos elevarán las últimas que he indicado hasta el conocimiento de Dios; será imposible que sea atéo un profundo naturalista; pero con la sola creencia en un Ser Supremo, autor del universo, quedarian defraudadas nuestras esperanzas de otra mejor vida. Nos servirán de mucho para encontrar la sabiduría y las verdades sublimes, virtud que reconocia en ellas el célebre Salomon; pero todo esto no basta. El gran vacío pues que dejan los hombres científicos en la sociedad, solo puede llenarlo el verdadero sabio.

Con la atencion en el fin sobrenatural al que se propone ir conduciendo á la sociedad, emplea las fuerzas de su inteligencia y los sentimientos de su corazon mas principalmente en curarla de las graves y peligrosas enfermedades de su alma, que en proporcionarle las comodidades de esta vida tan generalmente codiciadas. La superslicion hija del

error, el escepticismo, la indiferencia, la incredulidad, el desarreglo de las costumbres, la exaltacion de las pasiones y el egoismo han sido considerados con fundamento como una plaga en la vida de las Naciones y como un sintoma cierto de su decadencia. La historia de la humanidad las presenta como los graves males de que han ido adoleciendo las sociedades en diferentes épocas. Qué lastimoso cuadro ofrece al hombre pensador el largo periodo de la antigua Filosofia caracterizado por las preocupaciones, vicios, ignorancia y groseria del vulgo, por la irreligiosidad y falta de morigeracion de la mayor parte de los que aspiraban á la sabiduria y aun de los mismos llamados sabios! Los mas célebres Filósofos no pudieron con todos sus afanes librar á la sociedad de tamaña desventura, ni aun preservarse ellos mismos del contagio. Al llegarnos al término de tan lamentable periodo, vemos con admiracion lo mismo á los ignorantes que á los llamados sabios entregados á todas las prácticas del paganismo, que cual densa niebla se habia extendido por el antiguo mundo. Aparece un nuevo sol resplandeciente que difundiendo su brillante luz, ahuyenta las tinieblas y deja esclarecida toda la tierra. Obrase una asombrosa revolucion en las ideas que fue dando por resultados importantes mudanzas en las

costumbres de los hombres. Esfuérzanse el error y las pasiones en sostener sus sistemas, combátense enérgicamente las nuevas ideas; pero las ideas y las costumbres van avanzando entre la oposicion y el odio de los Emperadores y Filósofos y los furores del populacho. Al propio tiempo los sistemas, los mas brillantes, se abandonan y se hunden. Habia llegado aquel tiempo esperado de Platon, en que iban á ser enseñados los hombres en la manera de obrar con Dios y con los otros hombres. Tan árdua empresa es confiada á personas determinadas á quienes por espacio de tres años habia instruido con sus ejemplos y su doctrina la sabiduria increada, de que son sus depositarios.

Desde aquella feliz época á la direccion y celo de estos sabios las sociedades se reorganizan, por todas partes se encuentran sùbditos fieles, ciudadanos pacíficos, resignados en la adversidad y modestos en la fortuna. Desde entonces las sociedades comienzan á ser curadas del escepticismo por medio de la fé, y del egoismo por medio del amor. Sorprendente contraste entre las instituciones de los célebres Filósofos y la nueva doctrina; porque las primeras se fundan en las movibles opiniones humanas y la segunda tiene por base principios inmutables. Los intrincados sistemas de los prime-

ros, sus encontradas opiniones mal podian satisfacer á las sociedades que buscasen un seguro apoyo en que poder fijarse con seguridad, que anhelasen por un reposo cuya necesidad sintiesen con vehemencia, que aspirasen á su elevado destino. Permitidme, Señores, que os recuerde lo que llevo dicho de Platon, y forme un paralelo entre el admirado Filósofo y el gran Filósofo cristiano San Pablo. De aquel os dige que no pudo fundar en ningun punto de Sicilia la Repùblica tal cual la habia concebido como el único medio de organizar bien una sociedad: el segundo recorre la Siria, la Palestina, la Cilicia, el Asia, la Grecia, la Macedonia, la Iliria, la Sicilia, la Italia, y con la admirable luz de su celestial doctrina ilustra aquellas sociedades haciéndolas conocer su fin, y con sus persuasivas palabras las impele á marchar por la senda que conduce á su destino. Platon no pudo purgar á la sociedad del error y de la superstición, ni curarla de los graves males producidos por las pasiones del amor, del odio, del miedo, del placer, de la sensualidad y de la ira. San Pablo con su doctrina y hechos ilumina á todas las Naciones que recorre, reforma sus costumbres y engendra virtudes tan sorprendentes como ignoradas hasta entonces. Todo en la enseñanza de este sabio está

subordinado á la caridad que no comprendió exactamente el fundador de la Academia.

Considero bastante fatigada vuestra atencion para presentaros nuevos documentos tomados especialmente de la historia de los tres últimos siglos, en que tan incalculables bienes han hecho á las sociedades los sabios, oponiendo de palabra y por escrito sus benéficas doctrinas á esas enseñanzas que tantos trastornos han producido en ellas y amagaban un cataclismo. Contra esas doctrinas disolventes han escrito los sabios esos preciosos libros con el provechoso y laudable objeto de unir á los espíritus por medio de creencias comunes y á los corazones por el amor universal. Ellos han hecho conocer mejor al individuo y á la sociedad sus respectivos deberes; ellos han sido un poderoso agente para que el individuo y la sociedad dirijan sus acciones libres á lo que ordena la sana moral y la divina justicia. Los sabios con la sencillez y modestia de sus discursos han preservado al individuo y á la sociedad de la ponzoña que con ingenioso disfraz ocultaban razonamientos pomposos y seductores. Los sabios han dado las reglas que deben conducir la voluntad individual y la voluntad general, para que ni una ni otra quieran mas de lo que les conviene. Los sabios en fin nos han per-

suadido la esperanza de una vida mas feliz despues de esta peregrinacion. Tan poderosa es la influencia que ejerce el sabio en bien del individuo y de la sociedad, que aquel y esta reciben con docilidad y en la profunda conviccion de sus ventajas las saludables lecciones contenidas en sus libros. Ya se habia dicho por un Filósofo que los libros gobernaban al mundo. Con razon podemos añadir ahora, variada algun tanto la espresion de Bacon: la sabiduría es poder. La mision del sabio pues es sublime y de la mas alta importancia.

Ilustres Profesores, amados compañeros mios, vosotros sois los encargados de dirigir á esa escogida y amable juventud que consagrada hoy al estudio de las letras y de las ciencias, ha de influir tan poderosamente un dia en el bienestar de la sociedad actual, preparando al propio tiempo el de las generaciones venideras. Comprendeis muy bien toda la grandeza é importancia de esta mision, para mirarla con todo el interés que de suyo reclama. Sabeis que es un deber vuestro ilustrar su entendimiento y formar su corazon. Si con vuestras instrucciones conseguis enriquecer su inteligencia de las verdades científicas y aficionar su voluntad á las virtudes morales y sociales, habreis

cumplido con vuestra elevada mision y podreis ostentar con orgullo las honrosas insignias del Profesorado.

Y vosotros, mis amados jóvenes, que sois la esperanza de la Patria, y el objeto constante de los desvelos del Gobierno de S. M., corresponded á su celo y al de vuestros dignos Profesores con vuestra aplicacion y arreglada conducta. Cultivad las letras y las ciencias y aprended la verdadera sabiduría. No os arredren ni la dificultad ni el largo tiempo. Con la constancia en el estudio llegareis al término de vuestras nobles aspiraciones, y colocados por el saber en grande altura desempeñareis en la sociedad la mision mas augusta y mas importante, os cautivareis la veneracion de los demas hombres, merecereis el aprecio y distinciones honrosas de S. M. y de su Gobierno, y tendreis la gloria de que se cumpla en vosotros aquella espresion del Libro de la Sabiduría, «la multitud de Sabios es la salud del universo.»

He dicho.

